

liana se dirigió por Brescia al alcance de los austriacos que se retiraban presurosos. Al mismo tiempo las divisiones de Duhesme y de Loison pasaban el Adda y se dirigían á Lodi, á Crema y á Pizzighettone. El general Wukassowich, que había renunciado ya á su pretensión de custodiar el Adda, se retiraba detrás del Mincio por debajo de los fuegos de Mantua.

Nada detenía ya la marcha del general Moncey, á no ser la dificultad de mantenerse con el producto de los valles áridos de la Suiza superior. Acababan de asomar sus primeras columnas, pero había que esperar á las otras algunos días más, y este era el mayor inconveniente de la situación, porque importaba mucho que se apresurasen si no había de caer Génova en poder de los austriacos. Seguro estaba ahora el general Bonaparte de reunir todas sus columnas, exceptuando solamente la del general Thurreau, que andaba empeñado hacia la desembocadura del monte Cenis sin poder atravesarla. Nuestro ejército por lo demás se hallaba bien acampado en medio del Milanésado, con la retirada segura por el monte Cenis, el San Bernardo, el Simplón y el San Gotardo, dueño del Adda, del Tesino y del Po, sustentándose con los almacenes de los austriacos, cortándoles todos los caminos y en posición de darles una batalla decisiva, después de la cual no les quedaba otro recurso, si salían vencidos, que rendir las armas. La rendición de Génova, si llegaba á verificarse, iba á ser un contratiempo doloroso, primero por causa del valiente ejército que la defendía, y en segundo lugar porque el cuerpo austriaco que la sitiaba reforzaría después al general Melas y aumentaría las contingencias de la batalla que debía cerrar la campaña. Pero si el general Bonaparte conseguía la victoria, quedaba asegurada de un solo golpe la reconquista de Génova y de Italia; podía, no obstante, grande empeño en libertad á Génova, aunque sabía muy bien que no podía esperarse la llegada del cuerpo de Moncey para antes del 5 ó del 6 de junio, y no se lisonjaba con que su resistencia se prolongase hasta aquella época.

El barón de Melas, á quien las últimas noticias habían acabado de abrir los ojos, que veía á su adversario apoderado de Milán darse la mano con todas sus columnas que sucesivamente habían ido bajando de los Alpes, comprendía ahora el vasto plan que contra él se había proyectado. Para colmo de su desgracia acababan de notificarle los reveses sufridos por Mr. de Kray y la retirada de éste sobre Ulm; entonces salió por fin de su

zos á la cuerda, que por cierto era bastante delgada, y suspendido en aquel abismo, se trasladó á la orilla opuesta del precipicio; siguiéronle los mil soldados que mandaba, suspendiéndose uno por uno en aquel espantoso vacío, recorriendo en tan peligroso tránsito un espacio de más de diez toesas, cargados con sus armas y mochilas...

»Nada puede dar más cabal idea del peligro que corrieron aquellos valientes, que lo que sucedió con unos cuantos perros que seguían á la columna á la querencia de sus amos. Estos pobres animales, después de separarse de ellos sus dueños para atravesar por los agujeros de la roca sólo practicables para pies humanos; después de verlos pasar al lado opuesto agarrados á la cuerda de que sólo podían servirse manos de hombre, se precipitaron al abismo como de común acuerdo. Eran cinco; tres desaparecieron en el torrente que corría en su fondo; los otros dos lograron al cabo de prolongadas agonías triunfar de aquellas rápidas y furiosas olas, y subir por las rocas hasta reunirse nuevamente con sus dueños.»

(N. del T.)

sistema de expectativa, y mandó imperiosamente al general Elsnitz que abandonase el puente del Var, y al general Ott que levantase el asedio de Génova para reunirse ambos en Alejandría. Esa era cabalmente la única esperanza del general Bonaparte por lo tocante á Génova; pero estaba escrito por el destino que el generoso y malhadado ejército de la Liguria había de pagar hasta el fin con su sangre, sus padecimientos y una rendición dolorosa los triunfos del ejército de reserva.

La colosal constancia de Massena se había sostenido hasta el último momento. *Antes de rendirse*, decían sus soldados, *nos obligará á comer sus mismas botas*. Las carnes de las reses se habían concluido y se comía carne de caballo; concluía también ésta, sirvieron de alimento los animales más inmundos. El miserable pan que hicieron con avena y habas estaba consumido; desde el 23 de mayo (3 pradiel) había dado Massena á sus soldados un pan que apenas podían probar, y que casi ninguno conseguía digerir, compuesto con el almidón, la linaza y el cacao que había recogido en los almacenes de Génova. Casi todos los que hacían uso de aquel alimento iban después á aumentar el crecido número de enfermos hacinados en los hospitales. El pueblo, reducido á una triste sopa de hierbas, sufría todas las angustias del hambre; estaban las calles sembradas de desgraciados que morían de inanición y de mujeres extenuadas que presentaban con ansia á la caridad pública sus hijos, á quienes no podían ya nutrir. Otro espectáculo espantoso difundió la consternación entre el ejército y el vecindario: los numerosos prisioneros que había conducido Massena, á quienes no había alimento ninguno que dar. No quería ya el general francés restituirles la libertad bajo promesa, porque todos los que la habían recobrado por aquel medio volvieron á engrosar las filas enemigas; por cuya razón propuso al general Ott y después al almirante Keith que le suministrasen los víveres necesarios para su consumo diario, prometiéndoles bajo su honor que nada de aquello se emplearía en la guarnición, y á fe que la palabra de un hombre de tan esforzado pecho podía tenerse por segura. Pero era tal el encarnizamiento, que se resolvió imponer á Massena la obligación de alimentar á los prisioneros, aun cuando debieran éstos sufrir las más crueles privaciones. Comestieron, pues, los generales enemigos la barbarie de condenar á sus propios soldados á los horribles sufrimientos del hambre para aumentar la carestía de Génova, forzándola á alimentar algunos miles más de bocas cuando para su mismo vecindario no tenía sustento. Dió Massena á los prisioneros la misma sopa de hierbas que daba á los habitantes; era insuficiente para unos hombres robustos y acostumbrados á la abundancia en las ricas campiñas de Italia: estaban, pues, continuamente trazando sediciones, y para tenerlos á raya tuvo que encerrarlos en unos cascos de buques inservibles que hizo colocar en medio del puerto, y en los cuales una artillería numerosa en continua puntería estaba dispuesta á vomitar sobre ellos la muerte. Lanzaban los infelices espantosos aullidos que conmovían profundamente á aquella población, tan afectada ya con sus propios padecimientos.

El número de nuestros soldados mermaba diariamente; véaseles perecer en las calles, y la suma extenuación á que habían quedado reducidos hizo que se les permiti-

tierra sentarse al montar sus guardias. Los genoveses, desalentados, se negaban ya al servicio de la milicia nacional, temiendo hallarse en breve comprometidos con el partido oligárquico restablecido por las armas austriacas. Alzábanse de tiempo en tiempo sordos rumores que anunciaban que la desesperación de los habitantes llegaba á su colmo, y para reprimir su explosión había batallones de retén en las principales plazas con sus cañones cargados y las mechas encendidas.

Massena se hacía temer del pueblo y del ejército con su actitud impasible. El respeto que inspiraba aquel héroe que comía el desabrido pan de sus soldados, que vivía con ellos bajo los fuegos del enemigo y soportaba con inexorable firmeza los mismos sufrimientos físicos que ellos y además todos los cuidados del mando, era un poderoso dique para el descontento y ejercía en medio de la población desolada de Génova todo el ascendiente propio de las almas verdaderamente grandes.

Una vaga esperanza, sin embargo, alentaba aún por intervalos á los sitiados. Varios edecanes del general habían conseguido atravesar el bloqueo con valerosos esfuerzos y llevarles algunas noticias. Los coroneles Reille, Franceschi (1) y Ortigoni eran de aquel número, y decíanles unas veces que el primer cónsul se ponía en camino, otras por fin que atravesaba ya los Alpes. Franceschi le había dejado bajando por el San Bernardo, pero desde el 20 de mayo no había vuelto á tenerse noticias de él. Diez ó doce días en semejante situación parecían más que siglos, y preguntábanse unos á otros con desesperación cómo era posible que el general Bonaparte no hubiera recorrido en diez días el espacio que

(1) Así como en algunas ocasiones hemos creído deber rectificar con nuestras notas ciertos pasajes del texto histórico, en que es evidente el espíritu de nacionalismo exclusivo y á veces intolerante de Mr. Thiers, del mismo modo nos permitimos en otras ingerir algunos hechos omitidos por el mismo que nos parecen conducentes á la mejor inteligencia de esta HISTORIA, y procediendo á fuer de imparciales nos complacemos en hacer resaltar las acciones verdaderamente nobles y heroicas de los franceses siempre que creemos que de su narración puede resultar interés, enseñanza y estímulo para las empresas grandes y dignas.

El hecho que vamos á referir del edecán Franceschi puede seguramente compararse con cualquiera de los rasgos memorables de heroicidad y virtud cívica que se leen en las historias griega y romana.

Desesenta barcas que envió á Francia ó á Córcega Massena para que volvieran con vituallas para la plaza sitiada, sólo una pudo substraerse á la vigilancia de los cruceros ingleses; pero los oficiales sucesivamente despachados para informar sobre la situación del ejército no temían arrostrar los peligros de la travesía, trayendo las respuestas de Bonaparte y los anuncios de un socorro tantas veces prometido y con tanta impaciencia esperado. El generoso arrojo de estos oficiales fué la mayor parte de las veces de más utilidad que las diligencias de los interesados marineros del país, que sólo á fuerza de dinero querían arriesgarse á la mar. El jefe de escuadrón Franceschi, edecán de Soult á la sazón, atravesó al amparo de la noche el crucero inglés en un esquife conducido solamente por tres remeros, y al llegar al cordón de chalupas más cercano á la plaza le sorprendió el día. Hallábase en el centro de la rada, á más de una legua de distancia de la orilla, y expuesto á los fuegos cruzados de los buques. Fué muerto uno de los remeros, herido luego otro, y Franceschi ya no podía evitar el ser cogido en su pequeño esquife. En aquel trance átese al cuello con un pañuelo las partes que llevaba, se despoja de sus vestidos, y se arroja á la mar para llegar á tierra á nado; pero recuerda de pronto que se dejó sus armas en el bote y que van á ser trofeo del enemigo, y vuelve á la nave, toma su sable con los dientes, sigue nadando, lucha denodadamente con las olas, y llega por fin á la costa extenuado de fatiga. (N. del T.)

separa los Alpes del Apenino. Por su carácter, decían, á estas horas es ya vencedor ó vencido; si no llega, es que ha sucumbido en su temeraria empresa. Si hubiera podido penetrar en Italia, hubiera ya cogido al general austriaco y le hubiera arrojado de los muros de Génova. Pretendían otros que el general Bonaparte sólo miraba en el ejército de la Liguria un cuerpo destinado á sacrificarse por una combinación en grande, y que sólo se había propuesto detener al barón de Melas sobre el Apenino, conseguido lo cual no pensaba ya en obligar al enemigo á levantar el bloqueo, y marchaba derecho hacia un objeto de más monta. «Pues bien, añadían los genoveses y nuestros mismos soldados, si nos han sacrificado á la gloria de la Francia, sea en buen hora; pero hoy que se ha logrado ya el objeto, ¿querrán por ventura que no quede uno de nosotros con vida? Si fuera para combatir y morir con las armas en la mano, poco importaba; pero morir de hambre, de enfermedades y miseria, ¿eso no es posible! Llegó ya el tiempo de rendirse.» Muchos soldados en su desesperación rompieron sus mismas armas; corrieron al mismo tiempo rumores de una sedición tramada por algunos infelices víctimas del hambre. Dirigióles Massena una sublime proclama en que les recordaba los deberes del soldado, que consisten en soportar con igual constancia las privaciones y sufrimientos que la muerte y los peligros; les puso por ejemplo á sus mismos oficiales que viviendo de iguales alimentos caían diariamente como héroes á su frente en el campo de batalla. Decíales que el primer cónsul se acercaba ya á libertarlos con un fuerte ejército, que capitular ahora era perder en un instante el resultado de dos meses de lealtad y de esfuerzos. ¡Sufrid aún unos cuantos días, unas cuantas horas quizás, les decía, y os veréis libres después de haber prestado servicios eminentes á la patria!

Cada ruido, por insignificante que fuera, cada movimiento que se advertía hacia el horizonte, representaba á sus codiciosos oídos y á sus ansiosos ojos el cañón del general Bonaparte, y al punto se formaban en las calles tumultuosas correrías. Creyéronse oír cañonazos un día hacia la Bocchetta, y estalló por todas partes un alborozo inexplicable; el mismo Massena subió á los baluartes; pero ¡vana ilusión! Era el sordo rumor de una tempestad en las gargantas del Apenino, y todos volvieron al más profundo abatimiento.

Finalmente, al llegar el 4 de junio no debían quedar ya más que dos onzas por cabeza de aquel pan insalubre compuesto de almidón y cacao. Había que entregar la plaza, pues no era posible reducir á nuestros infelices soldados á devorarse unos á otros, y la imposibilidad material de existir ponía un término inevitable á la resistencia. El ejército, por otra parte, podía jactarse de haber hecho todo cuanto era de esperar de su valor. Según su convicción íntima no defendía ya las Termópilas de la Francia, sino que estaba sirviendo al logro de una operación que no podía menos en aquel momento de haberse verificado ya con buen ó mal éxito. Empezaba á creer que el primer cónsul se ocupaba más en extender sus combinaciones que en el modo de socorrerle: Massena participaba de esta opinión sin descubrirlo, pero no consideraba como enteramente cumplidos sus deberes sino después de haber agotado lo humanamente posible toda la medida de la resistencia.

Las dos miserables onzas de pan se consumieron y fué preciso rendirse; resignóse á hacerlo con el más amargo dolor.

Háblale enviado el general Ott un parlamentario, por cuanto los austriacos no se hallaban menos apremiados que los franceses. Recibió en efecto el general las órdenes terminantes de levantar el asedio de Génova para replegarse sobre Alejandría. Este ofrecimiento de parte del enemigo debía, suponen algunos historiadores, haber servido de aviso á Massena. No ignoraba éste seguramente que si esperaba uno ó dos días más sería quizás socorrido; pero no podía disponer de aquel término. «Dadme, decía á los genoveses, dadme víveres para dos días, para uno solo, y os libtaré del yugo austriaco y además libtaré á mi ejército de la pesadumbre de rendirse.»

Finalmente, el 3 de junio se vió Massena precisado á entrar en negociaciones. Hablóse de capitulación, pero desechó aquella idea con tal indignación que no hubo lugar á volver á insinuarla. Quería él que el ejército pudiera retirarse libremente con armas y bagajes y con banderas desplegadas, con facultad de volver á combatir una vez atravesadas las líneas de los sitiadores. «De lo contrario, decía á los parlamentarios austriacos, yo saldré de Génova con las armas en la mano, caeré sobre vuestro campamento con ocho mil hambrientos, y combatiéremos hasta abrimos paso.» Accedíase á dejar salir la guarnición, pero se quería que quedara él prisionero, por temor de que pasando de Génova á Savona las tropas con semejante caudillo al frente y reuniéndose con las de Suchet, intentasen nuevamente alguna maniobra temible á espaldas del barón de Melas. Para calmar la indignación de Massena declarósele el motivo tan honroso para él de aquella condición. Negóse á ella abiertamente y se propuso entonces que la guarnición se retirase por mar para que no tuviera ocasión de reunirse con el cuerpo de Suchet. Oponía él á todas estas proposiciones su acostumbrada respuesta de que sus soldados hambrientos le abrirían paso. Consintióse por fin en dejar pasar por tierra ocho mil hombres, que eran todos los que podían sostener aún el peso de sus armas. Los convalcientes debían ir embarcándose sucesivamente para ser conducidos al cuartel general de Suchet. Comprometíanse los austriacos á alimentar y asistir, para restituirlos en seguida al ejército francés, á los cuatro mil enfermos que quedaban en los hospitales. Quedaba con ellos el general Miollis para cuidar de la disciplina y volver luego á su frente. Comprendió Massena en su estipulación los intereses de los genoveses, y exigió como expresa condición que ninguno de ellos había de ser perseguido por las opiniones que hubiese manifestado durante nuestra ocupación; que los bienes y las personas fuesen respetados fielmente. Mr. de Corvetto, célebre genovés, después ministro en Francia, fué admitido á aquellas conferencias (1) y fué testigo de los esfuerzos hechos en favor de los genoveses. Quiso además Massena que se le dejase su gobierno actual debido á la revolución francesa, sobre lo cual no se decidieron los generales austriacos á contraer empeño. «Bien está, les dijo Massena, haced lo que queráis; pero os declaro que antes de quince días

(1) Corvetto era á la sazón ministro de Hacienda de la república de la Liguria. (N. del T.)

me veréis de vuelta en Génova.» Palabras proféticas á las cuales el oficial austriaco Saint-Julien dió esta noble y decorosa respuesta: «Encontraréis en esta plaza, señor general, los mismos hombres que han aprendido de vos á defenderla.» La conferencia definitiva tuvo lugar el 4 de junio por la mañana en una capilla situada en el puente de Cornigliano. El artículo en que se estipulaba que se conduciría por tierra parte del ejército dió margen á otra dificultad, aunque fué la última; pero proponiendo Massena la alternativa de consentir á su deseo ó de sostener al día siguiente un combate desesperado, cedieron los generales austriacos, y se convino en que quedaría concluído aquella misma noche el tratado de evacuación, en el cual se hizo cuidadosamente que no sonara para nada la palabra capitulación. Los oficiales enemigos, admirados de la constancia de su carácter, le tributaron toda especie de consideraciones y respetos.

Llegó la noche y todavía Massena titubeaba en firmar por la esperanza de que podía ser de un momento á otro socorrido; pero cuando no pudo resistir más sin faltar ostensiblemente á la palabra que había dado, firmó pesaroso el convenio. Al día siguiente evacuaron nuestras tropas la ciudad con el general Gazán á su frente y encontraron sus ranchos ya dispuestos en las avanzadas. Massena se embarcó para trasladarse más prontamente al cuartel general de Suchet. Salió del puerto en una embarcación fletada con bandera tricolor y bajo las balas de la escuadra inglesa (2).

Así acabó aquel asedio memorable, en el cual se señaló el ejército francés con tan grandes virtudes y tan eminentes servicios. El número de los enemigos que había muerto ó hecho prisioneros era superior al de sus soldados. Con quince mil hombres había aprisionado ó puesto fuera de combate á diez y ocho mil austriacos; pero sobre todo había difundido entre el ejército imperial el desaliento, obligándole á hacer sin tregua esfuerzos extraordinarios. Y si se quiere saber á qué precio había llevado á cabo aquella denodada guarnición tamañas empresas, se verá que de quince mil combatientes, tres mil habían quedado muertos en el campo, otros cuatro mil quedaban más ó menos gravemente heridos, y ocho mil solamente marchaban á reunirse con el ejército activo. El segundo comandante Soult había quedado en poder del enemigo con una pierna rota de un balazo; de tres generales de división, uno, que era Marbot, murió de la epidemia (3); y otro, que era Gazán,

(2) Que saliese Massena del puerto de Génova bajo las balas de la escuadra inglesa, ni lo dicen los que con más autoridad escribieron sobre aquel memorable asedio, ni parece verosímil atendiendo á que el general francés dejó la plaza habiendo quedado en muy buena armonía con el almirante inglés lord Keith, quien en la estipulación del día anterior le concedió graciosamente cinco buques corsarios franceses, diciéndole: «Su defensa de usted ha sido demasiado heroica para poder rehusarse nada.»

En aquellos mismos cinco buques salieron de Génova Massena y su estado mayor, tomando el rumbo hacia Antibes.

El comandante de escuadrón Burthe y el de batallón Graziani partieron el mismo día para llevar al primer cónsul las banderas conquistadas por el ejército de Italia en los diversos combates verificados durante el asedio. — Llevaban también una copia del tratado de evacuación que debían entregar al gobierno francés.

(N. del T.)

(3) Túvole el almirante inglés lord Keith prisionero en Liorna al volver de Egipto después de firmado el convenio de El-Arich. (N. del T.)

fué gravemente herido. De seis generales de brigada fueron heridos también cuatro, Gardanne, Petitot, Fresinet y d'Arnaud. De doce ayudantes generales quedaron heridos seis, prisionero uno y muerto otro. Fueron muertos también dos oficiales de estado mayor, siete fueron hechos prisioneros y catorce heridos. De diez y siete coroneles, once quedaron fuera de combate ó prisioneros. Las tres cuartas partes de los oficiales tuvieron igual suerte. Por donde se ve que aquel valiente ejército se sostuvo principalmente en medio de tan crueles pruebas por el ejemplo de lealtad y heroísmo que le daban sus jefes. Por lo demás se mostró digno de los que le conducían, y jamás desplegó el soldado francés más generosa constancia. ¡Gloria eterna, pues, al valor desgraciado que con su fidelidad sin límites contribuyó al triunfo del valor afortunado cuyas hazañas vamos á contar ahora!

Mientras el general Ott, apremiado á levantar el asedio de Génova, concedía á Massena las honrosas condiciones que dejamos referidas, el general Elsnitz, acudiendo á las órdenes del barón de Melas, dejaba desamparado el puente del Var. Los ataques de los austriacos por aquel lado habían sido tardíos, porque fué menester esperar mucho tiempo la llegada de la artillería de grueso calibre transportada por mar. En los días 22 y 27 de mayo se hicieron sucesivamente varias tentativas; la última especialmente fué un verdadero golpe desesperado del general Elsnitz, que quiso antes de retirarse no perdonar esfuerzo alguno. Fueron dichos ataques rechazados con valentía, y reconociendo por fin aquel general que no le quedaba ninguna probabilidad de mejor éxito, trató de volver á pasar los montes. Suchet, que advirtió con penetración rápida y segura los intentos del general austriaco, tomó sus disposiciones para molestarle continuamente en su retirada. Vió claramente que maniobrando siempre hacia su izquierda, á lo largo de la cordillera, pondría á los austriacos en una situación peligrosa y conseguiría probablemente inutilizarles algún cuerpo destacado. En efecto, fuera de la línea del Var que había detenido la invasión, se extiende paralelamente la línea del Roya, que tiene su nacimiento en el mismo collado de Tenda. Si los franceses se anticipaban á los austriacos pasando al otro lado del Var y ocupando el nacimiento del Roya, se apoderaban del collado de Tenda y reducían á sus adversarios á buscar un paso por entre las crestas del Apenino. Esta idea oportuna realizada con energía proporcionó al general Suchet los más felices resultados. Empezó tomando el puesto de Ronciglione al general Gorupp, continuó persiguiendo á marchas forzadas por su izquierda al ala derecha desbaratada de los austriacos, tomó sucesivamente el collado de Rauss que da paso del valle del Var al de Roya y el famoso campamento de Mille-Fourches, y dueño ya del collado de Tenda, se situó el 1.º de junio sobre la línea de retirada del general Elsnitz. El general Gorupp, repelido en desorden hacia el Roya superior, tuvo aún tiempo de llegar al collado, pero dejando en el camino muchos muertos y prisioneros. Al general Elsnitz no le quedó más recurso que seguir con el resto de su ejército la vertiente marítima del Apenino hasta Onella y volver por Pieve y San Jaime al valle del Tanaro. Tenía que atravesar montañas peligrosas con soldados desalentados ya por aquella especie de

huída, yéndole á los alcances un enemigo que pasaba con alborozo de la defensiva á la ofensiva. Cinco días enteros fueron los austriacos perseguidos sin tregua, sufriendo choques continuos; finalmente llegó á Ormea el general Elsnitz el 6 de junio, sin más que unos nueve mil y tantos hombres. El día 7 estaba ya en Ceva; el general Gorupp se había retirado á Coni con una pequeña división. La pérdida sufrida por el cuerpo austriaco del Var se calcula en unos diez mil hombres.

El general Suchet, tanto tiempo separado de Massena, le encontró cerca de Savona á lo largo de la ribera. Los doce mil franceses que venían del Var se reunieron con los ocho mil que salían de Génova y formaron un cuerpo de veinte mil hombres perfectamente situado para caer sobre la retaguardia de Mr. de Melas. Pero Massena, al desembarcar, se había hecho una herida de consideración y no podía montar á caballo; los ocho mil hombres que conducía estaban extenuados de fatiga, y preciso es decir que se abrigaba en el corazón de todos los defensores de Génova cierto secreto resentimiento contra el primer cónsul, que sabían estaba triunfando en Milán mientras el ejército de la Liguria se veía precisado á capitular. No quiso Massena que el general Suchet corriese los riesgos de un descenso hacia Italia, ignorando los movimientos que al otro lado de los Alpes iban á emprender los dos generales opuestos el uno al otro. El barón de Melas, reuniendo á todos sus lugartenientes Haddick, Kaim, Elsnitz y Ott, podía hallarse á la cabeza de fuerzas formidables, caer sobre el general Suchet y derrotarle antes de dirigirse al encuentro del general Bonaparte. Permitió Massena á su lugarteniente Suchet que pasase el Apenino y se situase delante de Acqui, y le mandó permanecer en aquella posición observando al ejército austriaco, molestándole, manteniéndose, por decirlo así, sobre su cabeza como la espada de Damocles. Ahora veremos los servicios que siguió prestando el ejército de la Liguria con su sola presencia sobre la cumbre del Apenino.

Creía Massena que este valiente ejército había hecho bastante por el triunfo del primer cónsul terminando la memorable defensa de Génova con una maniobra amenazadora, y que no podía sin imprudencia hacer otra cosa alguna: aquel gran guerrero tenía razón. Entregaba los austriacos al general Bonaparte rendidos y cercenados en más de una tercera parte. De los setenta mil hombres que habían pasado el Apenino, sólo iban de vuelta cuarenta mil, contando el destacamento conducido á Turín por Mr. de Melas. Los cincuenta mil que quedaban en Lombardía se hallaban también muy reducidos y sobre todo en completa dispersión. Los generales Haddik y Kaim, que custodiaban el uno el valle de Aosta y el otro el de Suza, habían sufrido pérdidas muy notables. El general Wukassovich, repelido al otro lado del Mincio y separado de su general en jefe por el ejército francés bajado del San Bernardo, se hallaba en completa paralización para todo el resto de la campaña. Un cuerpo de unos mil hombres andaba vagando sin plan por la Toscana. Reuniendo inmediatamente los generales Elsnitz y Ott, que volvían de las orillas del Var y de Génova, con los generales Haddick y Kaim, que volvían de los valles de Aosta y de Suza, podía aún Mr. de Melas formar una masa de setenta y cinco mil hombres; pero tenía que dejar guarniciones en las plazas del Piamonte y de la

Liguria, como Génova, Savona, Gavi, Acqui, Coni, Turín, Alejandría y Tortona, y no podían quedarle más que unos cincuenta y tantos mil soldados para formar en un día de batalla, suponiendo que no sacrificara mucha fuerza para la custodia de las plazas y que la reunión de sus generales se verificase sin obstáculo.

La situación del generalísimo austriaco era, pues, sumamente crítica aun después de la toma de Génova, y no solamente por causa de la dispersión y disminución de sus fuerzas, mas también por la marcha que tenía que seguir para salir del estrecho límite del Piamonte en que el general Bonaparte acababa de encerrarle. Era preciso en efecto repasar el Po á la vista de los franceses y volver á ocupar, atravesando la Lombardia, donde ya se enseñoreaban, la carretera del Tirol ó la del Friul. La dificultad era inmensa contra un adversario que sobresalía principalmente en la guerra por el arte con que combinaba los movimientos en grande.

Había conservado Mr. de Melas la corriente superior del Po desde su nacimiento hasta Valencia. Érale fácil pasar este río ya fuese por Turín, Chivasso, Valencia ó Casale. Pero pasándole por cualquiera de estos puntos, iba á parar al Tesino, que ocupaba el general Bonaparte, y á Milán, que era el centro de todas las tropas francesas. Tenía, pues, pocas probabilidades de evadirse por aquel lado; quedábale el partido de apoyar hacia la derecha y dirigirse hacia la corriente inferior del Po, es decir, á Plasencia ó Cremona, para tomar la carretera de Mantua. De este modo Plasencia venía á ser el punto capital, cuya ocupación habían de disputarse los dos adversarios. Para Mr. de Melas venía á ser el único medio de substraerse á las horcas caudinas; para el general Bonaparte era el mejor medio de alcanzar el premio de su atrevida marcha sobre los Alpes. Si este último, en efecto, dejaba escapar á los austriacos, aunque libertase al Piamonte, era este resultado demasiado mezquino comparado con los peligros que había corrido, y aun se exponía en cierto modo al ridículo ante la Europa entera, atenta á aquella campaña, porque quedaba burlada su maniobra, cuya intención era ya manifiesta á todo el mundo. Plasencia, por consiguiente, era la llave del Piamonte; tan necesaria era para el que quería salir de aquella tierra, como para el que quisiera encerrar en ella á su adversario.

Por esta razón señaló Mr. de Melas á sus tropas dos puntos de reconcentración; Alejandría para las que ocupaban el alto Piamonte, y Plasencia para las que estaban alrededor de Génova. Mandó á los generales Kaim y Haddick que marchasen por Asti desde Turín sobre Alejandría, y al general Elsnitz, que volvía de las orillas del Var, que se encaminase al mismo punto por Ceva y Cherasco. Reunidos estos tres cuerpos, habían de pasar de Alejandría á Plasencia; mandó al general Ott, vuelto de Génova, que descendiese directamente sobre Plasencia por la Bocchetta y Tortona. Encargó á un cuerpo de infantería, desembarazado de todos los inconvenientes que ofrece un ejército, que se trasladase allí aún más directamente por la carretera de Bobbio, que se extiende á lo largo del Trebbia. Por último, dió instrucciones al general O'Reilly, que ocupaba ya los alrededores de Alejandría con un grueso destacamento de caballería, para que sin esperar la reunión de las tropas del alto Piamonte acudiese á Plasencia con toda la velocidad

que le permitiesen sus caballos. El pequeño cuerpo que andaba aislado por la Toscana recibió también instrucción de pasar al mismo punto por el ducado de Parma, camino de Fiorenzuola. Así que, mientras la parte principal del ejército austriaco se reconcentraba en Alejandría para marchar sobre Plasencia, tenían orden de acudir al mismo punto, marchando en línea recta y sin pérdida de tiempo, los cuerpos más cercanos á dicha ciudad.

Pero no era seguro poder prevenir al general Bonaparte de tan importante objeto. Había perdido en Milán de cinco á seis días en reunir el cuerpo procedente del San Gotardo, tiempo precioso, puesto que Génova sucumbió en aquel intervalo; mas ahora que el general Moncey había atravesado aquel monte con las tropas procedentes de Alemania, se disponía á no perder ya un solo minuto. Ocupaba la ruta de los correos que partían desde Viena á Turín dirigidos á Mr. de Melas, y que éste mismo volvía á despachar desde Turín á Viena, y estaba así iniciado en todos los proyectos del gobierno imperial. Había leído los mismos despachos en que Mr. de Thugut tranquilizaba al general austriaco, encargándole que no se moviese y que no se apartara de su propósito alucinado por la fábula del ejército de reserva; que tomase pronto á Génova y la línea del Var para poder enviar luego un destacamento en socorro del ejército del mariscal de Kray acorralado en Ulm. Leyó también los despachos de Mr. de Melas, que en un principio respiraban gran confianza y que en breve sólo revelaron turbación é inquietud. Pero templó no poco el placer que le proporcionaba la secreta violación de aquella correspondencia la noticia recibida en 8 de junio por el mismo conducto, de que Massena se había visto precisado á entregar Génova el día 4. Nada por lo demás alteraba semejante noticia su plan de campaña, porque siendo su intento dirigirse hacia la espalda del enemigo para envolverle y hacerle rendir las armas, si lo conseguía reconquistaba la Italia y la ciudad de Génova de un solo golpe. El verdadero inconveniente que resultaba de la toma de dicha plaza era tener que hacer frente á las tropas disponibles del general Ott. Pero en el mismo despacho interceptado venía el consuelo de la mala nueva, pues vió por él que el ejército de Massena no había sido hecho prisionero de guerra; por lo cual, si bien por una parte iban á bajar por el Apenino numerosas tropas austriacas, por otra parte se disponían á caer sobre ellas bajando de los mismos montes nuevas tropas francesas, con las cuales no se había contado al principio.

Ahora que Génova había abierto sus puertas, tenía el primer cónsul menos premura de encontrarse con Mr. de Melas; pero érale muy urgente ocupar la línea del Po desde Pavia hasta Plasencia y Cremona, y para apoderarse de estos puntos importantes, sobre todo de Plasencia, tomaba disposiciones tan activas como el mismo Mr. de Melas. Mientras se entretenía en Milán en juntar las tropas procedentes de diversos puntos de los Alpes, enviaba con dirección al Po las que vinieron con él por el San Bernardo. Lannes se había posesionado ya de Pavia con la división de Watrín: dióle encargo de pasar el Po en Belgiojoso, un poco más abajo de su confluencia con el Tesino; á Murat con las divisiones de Boudet y de Monnier que le pasase en Pla-



MELAS